La 'Astronomía' de los indios iroqueses

Jesús Salvador Giner

Dentro del variado y abundante acervo cultural humano, las leyendas y los mitos ocupan un lugar destacado, no tanto por ser reflejos fieles de la realidad sino por constituir la base del interés del propio ser humano en entender y darle un significado comprensible y cercano al mundo y a nosotros mismos. Y, de entre todas estas manifestaciones míticas y legendarias, una de las más bellas y fascinantes son las de los pueblos de Norteamérica. Los indios iroqueses son un buen ejemplo de ello.

Sabemos interpretar los cielos, lo hemos hecho siempre bien. Pese a algunos ejemplos un tanto desafortunados (por ejemplo Occidente y su pavor ante la aparición de los cometas), en general hemos tenido la habilidad de extraer importantes revelaciones de los astros, y no me estoy refiriendo precisamente a la Astrología.

Desde tiempos muy antiguos, el hombre y la mujer habían vivido rodeados de misterios insondables, grandes enigmas que permanecían inexplicados durante generaciones. Pero hubo algunos audaces que se atrevieron a intentar esclarecer el motivo de las cosas, el por qué el mundo era de una manera y no de otra, y cuáles habían sido las vicisitudes por las que las gentes de antaño habían pasado. Obviamente, para explicar tales hechos, necesitaban instrumentos y métodos hasta entonces desconocidos, de modo que emplearon en primer lugar, su imaginación, la cual apenas había sido utilizada excepto en momentos y situaciones concretas. De esta manera nacieron las primeras 'explicaciones' acerca del mundo y del hombre, explicaciones que en algunos casos guardaban cierta base verídica. Otras, sin embargo, nacían puramente del ingenio humano, de lentas y trabajosas reflexiones de los jefes de tribus y matriarcas, a los cuales todo el mundo reverenciaba y admiraba.

La mayoría de estas 'explicaciones' se relacionaban con hechos trascendentales o vitales para la cultura y la identidad de cada una de las tribus o linajes humanos. Prácticamente cada una de los pueblos tenía su propio fondo mítico y legendario, pues eran estos 'cuentos' o 'explicaciones' los que daban sentido a sus vidas. Aunque otras tenían una naturaleza más prosaica y doméstica, las leyendas e historias que más interesaban a los antiguos, que más se repetían en los coros y reuniones nocturnas y que más largamente permanecían en la memoria eran las de carácter cósmico: aquellas que interpretaban y daban sentido y lógica a por qué el cielo era como era y por qué sucedían en él esos extraños y sorprendentes fenómenos.

De entre la numerosa representación nativa estadounidense que los colonos europeos encontraron al llegar al Nuevo Continente, había una familia de tribus de pieles rojas, los iroqueses, que habían establecido una especie de alianza o confederación. Los iroqueses pertenecían a cinco tribus distintas (mohawks, oneidas, onondagas, cayugas y senecas), y desde el inicio de la conquista europea del continente recibieron el apoyo de holandeses e ingleses, los cuales les proporcionaron armas y les instruyeron en su manejo para que les ayudaran a combatir contra Francia. Tuvieron su máxima expansión como grupo tribal en el siglo XVII, pero a finales de ese siglo el gobernador francés

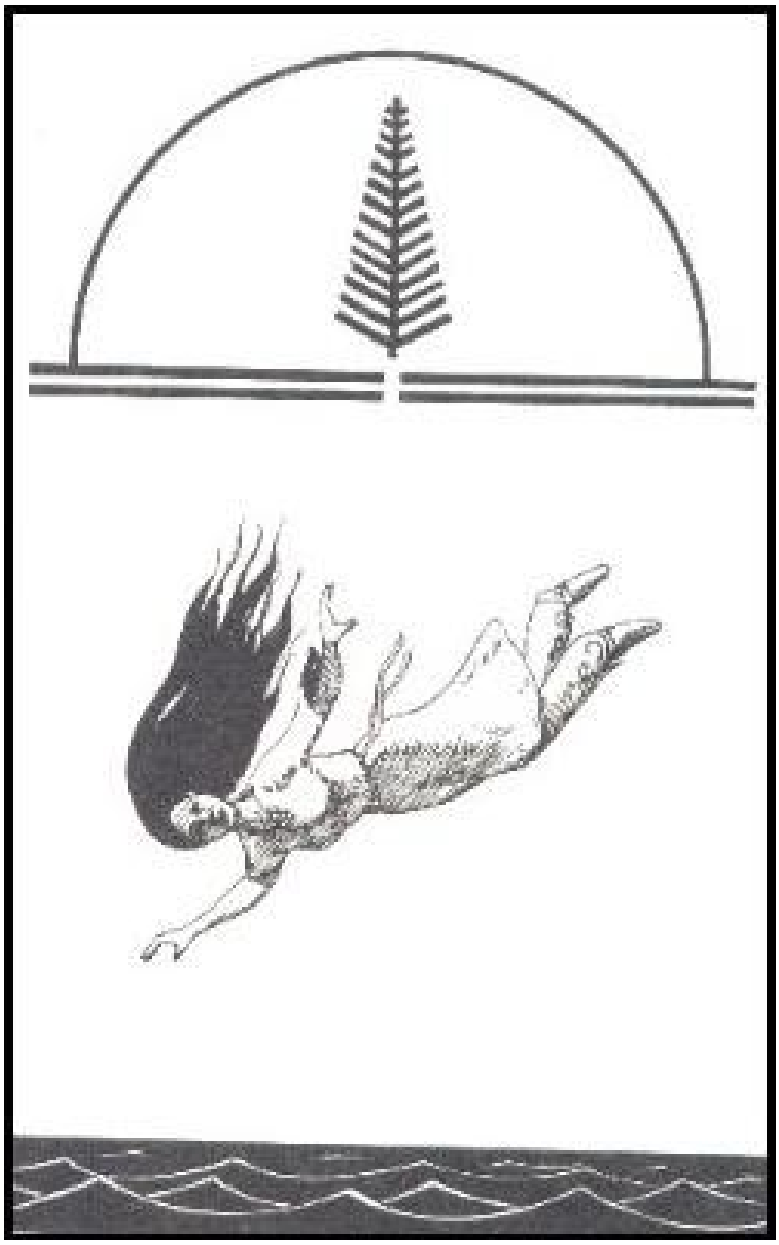

Figura 1: la hija del Gran Espíritu, cayendo lentamente desde los cielos hacia la Tierra, donde daría a luz al Espíritu del Bien y del Mal, de los cuales nacería todo lo que existe en nuestro mundo. (Kahionhes)

Frontenac dirigió una expedición que prácticamente aniquiló a su población guerrera. Posteriormente, ya en el siglo XVIII, se aliaron con Gran Bretaña ante los recién formados Estados Unidos, los cuales organizaron diversas partidas para lapidar la resistencia iroquesa. En la actualidad perviven en reservas en Ontario (Canadá) y en los estados de Wisconsin y Nueva York.

El nombre de iroqués fue dado por los franceses, y su significado en lengua indígena es "auténticas víboras". El por qué de tal denominación se explica por la gran crueldad que según los ejércitos franceses tenían los iroqueses; corrían rumores, probablemente verídicos, de que estos indios tenían el hábito de arrancar las uñas de sus prisioneros, entre otras delicadezas por el estilo.

Sin embargo, la auténtica idiosincrasia del pueblo iroqués está representada, no en las batallas que disputaron con sus enemigos (los cuales, obviamente, también cometieron atrocidades similares y aún mucho mayores, como por desgracia sabemos), sino en su tradición cultural, en las maravillosas leyendas e historias que han legado para la posteridad. Me centraré especialmente en tres de ellas, por estar claramente relacionadas con la Astronomía y la Cosmología.

1) **La Creación** (figura 1).

Hace muchos, muchísimos inviernos la Tierra estaba completamente cubierta por un inmenso manto de agua. No había Sol, ni Luna, ni estrellas. No había luz. Todo era oscuridad.

En aquellos tiempos las pocas criaturas que poblaban la Tierra vivían en el agua, y eran el castor, la nutria el pingüino y el pato.

Lejos, muy alto en el cielo, se hallaba el País de los Espíritus Felices, donde habitaba Rawenio, el Gran Legislador.

En la cúspide de la Tierra Alta crecía un árbol gigantesco. Un gran Manzano cuyas raíces habían horadado la tierra en la que crecía.

Un día, Rawenio arrancó aquel Gran Árbol y sus enormes raíces.

Llamó entonces el Gran Espíritu a su hija, que vivía también en el Mundo Alto, y le ordenó mirar por el agujero que el Gran Árbol dejara. Esta mujer, que habría de ser la Madre del Bien y del Mal, se apresuró a mirar. Vio a lo lejos, en la profundidad de los cielos, el Mundo Bajo cubierto de agua y rodeado de densas nubes.

"Has de ir a ese mundo de oscuridad", le dijo el Gran Espíritu y, levantándola dulcemente del suelo, la dejó caer por la oquedad.

Ella flotó en el vacío. Abajo, muy lejos aún, se mecían sobre las aguas oscuras los animales acuáticos mirando al cielo, observando la Gran Luz, la luminosidad de la Mujer Celeste, que caía lentamente sobre ellos. Y su cuerpo brillaba con tal resplandor que al principio se asustaron. Y llenos sus corazones de miedo, se sumergieron en las aguas más profundas. Pero al olvidar sus temores volvieron a la superficie, y se preguntaron qué sería de la Mujer cuando cayera en el agua y qué podrían hacer con ella.

"Hemos de encontrar algún lugar seco donde depositarla cuando caiga" dijo el Castor, y recorrió todas las aguas en busca de tierra. Pero transcurrió mucho tiempo, y el cuerpo sin vida del Castor apareció flotando sobre las olas. Tras él lo intentó el Pingüino, y su cuerpo no regresó nunca del fondo de las aguas. Todas las criaturas acuáticas se zambulleron en busca de tierra, pero no encontraron ninguna.

Finalmente la Nutria ascendió de las profundidades y también su cuerpo, ya muerto, flotó durante algún tiempo sobre la superficie de las aguas. Sus pequeñas garras, fuertemente apretadas, dejaron caer al abrirse, unos granitos de arena.

Las criaturas del agua cogieron esta tierra, llamaron a una Gran Tortuga y la depositaron sobre su caparazón, asegurándose que quedara bien fija. Inmediatamente la Tortuga creció muchísimo, igual que aquel puñado de arena.

Y así se hizo América del Norte, como una inmensa isla. A veces cuando la tierra cruje y se agita, y enormes olas golpean con dureza las playas, el hombre blanco dice "terremoto". El Mohawk dice: "La tortuga se está estirando".

La Mujer Celeste estaba ya muy cerca de la Tierra. "Debemos alcanzarla para que caiga a tierra fácilmente apoyándose sobre nuestras espaldas", dijo el Jefe de las Palomas Blancas. Y una gran bandada de palomas surcó el aire, y arropando a la Mujer Celeste, la depositó cuidadosamente sobre la Tierra.

Al cabo de un tiempo, la Mujer Celeste dio a luz a dos hijos gemelos. El que habría de ser el Buen Espíritu nació primero. El otro, el Espíritu del Mal, fue el segundo, y durante el parto causó a su madre tantos dolores que a causa de ellos murió.

El Espíritu del Bien cogió inmediatamente la cabeza de su Madre en las manos y la colocó en el cielo. E hizose el Sol. Del cuerpo muerto forjó la Luna y las estrellas y las aposentó también en los cielos.

Después enterró el resto en las entrañas de la Tierra, y lo que de ella surgió fue alimentado por el Sol y por la madre Tierra. El Espíritu del Mal ensombreció el Occidente y condujo al Sol más allá de la oscuridad.

El Buen Espíritu creó muchas cosas y dio a cada una un lugar en la Tierra. El Espíritu del Mal trató de deshacer el trabajo de su hermano, creando seres malignos.

Mientras el Espíritu del Bien creaba maravillosos y altos árboles como el pino y el eucalipto, el Espíritu del Mal empequeñecía a muchos, haciéndoles nudos y retorciéndolos. Cubría a otros de espinas y ponía en ellos frutas envenenadas. El Espíritu Bueno hizo animales como el oso y el ciervo. El Maligno creó animales venenosos, lagartos y serpientes que destruyeran a los animales de la Buena Creación.

El Espíritu del Bien hizo brotar fuentes y regatos de agua limpia y pura.

El Espíritu del Mal roció de veneno las corrientes y puso serpientes en las riberas.

El Buen Espíritu creó ríos bellísimos y levantó altas montañas que los protegieran.

El Maligno arrojó sobre los ríos rocas y suciedad convirtiendo las corrientes suaves del Buen Hacedor en rápidas torrenteras de aguas peligrosas.

Finalmente, cuando la Tierra se hubo completado, el Espíritu del Bien creó al hombre de un trozo de arcilla roja. Le puso en la Tierra y le dijo cómo debería vivir. El Mal Espíritu no se mantuvo inactivo y de la blanca espuma del mar creó otra criatura: el Mono. Tras la creación de la Humanidad y de las demás criaturas vivientes, el Buen Espíritu otorgó a cada uno de ellos un Espíritu Protector.

Llamó entonces al Espíritu del Mal y le ordenó que dejara de crear problemas por toda la Tierra. Pero éste se negó. El Buen Espíritu, encolerizado con su malvado hermano, le retó a combate. El vencedor gobernaría la Tierra. Utilizaron como armas dos grandes espinas de un Manzano Gigante. Pelearon durante muchos soles. Por último, el Espíritu del Mal fue vencido.

El Buen Espíritu regiría ahora toda la Tierra. Desterró a su per-

verso hermano al interior de una oscura cueva subterránea. Allí permanecería para siempre.

Pero el Espíritu Malo poseía sirvientes demoníacos que vagaban por la Tierra. Aquellos malvados espíritus podían tomar la forma de cualquier criatura que desearan, para torcer las mentes de los hombres incitándoles a realizar malas acciones.

Y esto es así porque cada persona lleva en su interior dos corazones: uno malo y uno bueno. No importa lo bueno que pueda parecer un hombre: siempre tiene algo malo. No importa lo malo que otro pueda parecer: siempre hay algo bueno en él. Ningún hombre es perfecto.

El Buen Espíritu continúa la Creación y protege a la Humanidad. A Él van los espíritus de los hombres buenos tras la muerte. El Espíritu del Mal recibe, en cambio, en su cubil, tras el último viaje, las almas de los hombres viles. (*)

Figura 2: los siete danzarines iroqueses que, de tanto bailar, se alzaron hacia los cielos y se convirtieron en las Pléyades, según la tradición iroquesa. (Kahionhes)

2) **Los siete danzarines** (figura 2)**.**

Hace mucho tiempo cuando la nación Mohawk (el Pueblo de la Piedra) aún acampaba a orillas del lago Keniatiio (Ontario), un grupo de niños, siete exactamente, quisieron formar una organización secreta.

Por la noche se reunían alrededor del fuego pequeño del Consejo, allá donde el bosque muere en las aguas del lago, y danzaban al ritmo de los tambores.

Un día el pequeño Jefe sugirió hacer un banquete en su próximo Consejo ante el Fuego. Cada uno de los siete muchachos debía pedir a su madre algo de comida para llevar al banquete.

Un muchacho pediría sopa de maíz, otro carne de venado, otro mazorcas, y así uno tras otro. Al día siguiente todos solicitaron de sus madres las viandas necesarias, Y a cada uno de ellos les fue rechazada la petición. Todas las madres dijeron a sus hijos que en casa había suficiente comida y que no tenían necesidad de comérsela en el bosque.

Los pequeños guerreros se sintieron muy infelices al no conseguir la comida para el banquete nocturno. Llevaban las manos vacías y el corazón triste. Aquella noche se reunieron junto al lago, en su lugar secreto de danza. El pequeño Jefe dijo a sus guerreros que danzasen lo más fuerte que pudieran.

Les dijo que mirasen al cielo mientras lo hacían. Y les dijo que no volvieran nunca la vista atrás, ni aún cuando les gritasen sus padres que volvieran a casa.

Diciendo esto, cogió su tambor de agua y mientras lo golpeaba, entonó una melodía llena de poder. Una canción de brujo. Los muchachos danzaron y danzaron. Y mientras ejecutaban los movimientos, sus corazones parecieron aligerarse de peso, y pronto olvidaron sus problemas.

La melodía aumentó de ritmo y enseguida los muchachos sintieron que sus cuerpos danzaban en el cielo. Sus padres les vieron bailar sobre las copas de los árboles y les ordenaron que regresaran. Un joven danzarín que por un instante volvió la vista atrás se convirtió en una titilante nueva estrella. Los demás, al poco tiempo se convirtieron también en estrellas pequeñas y parpadeantes y quedaron prendidas del cielo.

Así, cuando un Mohawk ve las estrellas de la Pléyade crepitar y danzar en la noche, durante los fríos del invierno, dice:

"Los pequeños guerreros están danzando con fuerza esta noche".

Danzan para siempre sobre los poblados iroqueses. Y cuando danzan exactamente encima de nuestros techos, ha llegado el momento del Banquete del Año Nuevo iroqués.

Y esto sucede durante la Luna del Año Nuevo (enero o febrero). (*)

3) **El Cuento del Oso Gigante y la Osa Mayor** (figura 3)**.**

Esta es una historia que los iroqueses contaban a sus niños durante las lunas invernales.

Y comienza así: hace muchísimos inviernos siguiendo el curso del río Oswego, existía un poblado Mohawk de casas largas fabricadas de corteza de árbol.

Un buen día, los cazadores Mohawk descubrieron las huellas de un oso realmente gigantesco.

Y las vieron muchas otras veces; en ocasiones, las huellas circundaban por completo el poblado Mohawk. Los animales desaparecieron del bosque y los Mohawks comprendieron al momento que el gigantesco oso era el culpable. Sin duda los estaba exterminando o poniéndolos en fuga.

La escasez de alimento trajo el hambre a los Mohawk. Las despensas estaban vacía y el pueblo, hambriento. La inanición se reflejaba en cada rostro.

Uno de los jefes dijo: "Debemos matar al oso gigante, causa de todos nuestros males". Inmediatamente una partida de guerreros abandonó el poblado en busca del oso. Pronto encontraron sus huellas sobre la nieve y siguieron aquel rastro durante varios días. Finalmente, encontraron a la horrible bestia, y al momento todos los guerreros dispararon sus flechas. Pero cuál no sería su sorpresa y su consternación cuando vieron que las flechas se partían ante la gruesa y fuerte piel. Muchísimas flechas se rompieron y ninguna llegó a herir al oso.

Figura 3: la caza del Gran Oso por parte de los guerreros iroqueses. Cuando hoy en día vemos la Osa Mayor, estamos viendo, según su tradición, a los tres hermanos cazadores persiguiendo aún al animal en los Cielos. (Kahionhes)

El oso, enfurecido, se volvió y cargó contra los cazadores, que intentaron huir. En aquella huida precipitada la fiera mató a muchos guerreros. Sólo dos cazadores consiguieron escapar y volver al poblado a contar el triste relato.

Decidieron atacar de nuevo y, de grupo en grupo, los guerreros abandonaron el poblado con el mismo objetivo siempre: destruir al Gran Oso. Pero siempre fallaron. Se sucedieron las batallas y muchos guerreros no volvieron jamás de ellas.

El tiempo fue pasando, los venados huyeron de los bosques y las despensas se vaciaron por completo. El pueblo enflaquecía y se debilitaba terriblemente por la carencia de alimentos. Muchos cayeron enfermos. El pueblo, amedrentado, calentaba sus cuerpos hambrientos alrededor del fuego nocturno.

Estaban asustados por aquel oso enorme de garras gigantescas que cada noche merodeaba por los confines del poblado. Tenían siempre miedo de abandonar la aldea, pues de la espesura tenebrosa del bosque surgían los horribles aullidos y rugidos del Gran Oso.

Una noche, tres hermanos tuvieron cada uno un sueño extraño. Durante tres noches consecutivas tuvieron la misma visión. Soñaron que seguían la pista del Gran Oso y que lo mataban.

Así pues, cogieron sus armas y provisiones y salieron tras el oso. Al poco tiempo dieron con las huellas de la fiera. Aumentaron el ritmo de la marcha siguiendo aquel rastro con los arcos siempre preparados.

Durante muchas lunas, siguieron las huellas del oso a través de la Tierra. Las huellas les condujeron al Fin del Mundo, al tiempo que veían como la bestia saltaba de la Tierra firme a los cielos.

Sin dudarlo un instante, los tres hermanos cazadores dieron también el Gran Salto más allá de las nubes.

Sin vacilaciones, los tres siguieron al oso por el blando tapiz del cielo. Y allí, en el cielo, pudo vérseles persiguiendo al oso durante aquellas largas noches de invierno.

Moría ya el año cuando el oso se preparó para dormir el invierno. Los tres cazadores se acercaron entonces lo suficiente como para disparar sus flechas con seguridad de atravesar la gruesa piel.

La lluvia de sangre provocada por tanta herida de flecha tornó rojas y amarillas las hojas del otoño. Pero el oso siempre encontraba la manera de escapar del asedio de los cazadores. Se hacía a veces invisible, aún después de herido; desaparecía para aparecer más tarde, lejos, fuera del alcance de sus perseguidores.

Por eso cuando los iroqueses ven la Osa Mayor, brillando en el cielo, dicen: "Mirad, los tres cazadores aún persiguen al Gran Oso. La caza, pues, continúa". (*)

Estas tres historias son sólo un ejemplo superficial y somero de las bellezas que se esconden dentro de la tradición legendaria de los indios norteamericanos.

No voy a comentar los tres relatos ni a aportar mis reflexiones sobre cada uno de ellos. Creo que es mucho más interesante que sean los propios lectores los que extraigan sus propias conclusiones tras la lectura de estos pequeños extractos de la cultura iroquesa.

Hemos de tener en cuenta a quién iban dirigidos generalmente estas leyendas. Eran en la mayor parte de los casos cuentos narrados por los ancianos a los niños de las tribus iroquesas, de ahí el carácter casi siempre de aventura o de hazaña. Bien podrían hoy en día ser historias contadas en torno al fuego en campamentos o en excursiones, y la verdad es que me parece que tendrían el mismo efecto que hace medio milenio.

Confío, tal vez ingenuamente, que cuando nosotros, los aficionados a la Astronomía, dirijamos nuestros ojos de nuevo al cielo, y lo hagamos en particular hacia las Pléyades durante las noches de invierno y primavera, y a la Osa Mayor durante todo el año, no veamos simplemente a un grupo de estrellas en la lejanía, sino que también podamos ver allí a unos cuantos jóvenes danzando en armonía, o a tres hermanos persiguiendo con ahínco a un gran oso, a través de los tiempos.

Y también recomiendo encarecidamente echar un vistazo, y si es profundo mejor, al fondo bibliográfico de la editorial Miraguano, en particular sus colecciones sobre textos de las culturas indígenas norteamericanas, así como a las páginas web relacionadas con el tema. Hay pocas, es cierto, pero en una de ellas, www.windows.ucar.es, se pueden encontrar un gran número de leyendas, mitos e historias no solamente de tradición americana, sino de prácticamente cualquier cultura

humana, desde Mesopotamia hasta los aborígenes australianos.

Por cierto que los indios iroqueses han traspasado la frontera de nuestro mundo y están presentes en el planeta vecino, Marte. En efecto, una roca del tamaño de un balón de fútbol americano estudiada y analizada por el robot Spirit, en la superficie marciana desde primeros de 2004, fue bautizada como "Adirondack", un término inglés para referirse a una voz con la que los iroqueses describían a sus vecinos, los algonquinos, otra tribu norteamericana. "Adirondack" significa "que come corteza", y al parecer los iroqueses dieron este nombre a sus vecinos porque éstos en tiempos de hambruna comían cualquier cosa, hasta la corteza de pino blanco. La roca marciana en cuestión tiene una forma similar a la de una montaña de la Reserva Adirondack, en Estados Unidos, y por ello ha recibido ese nombre tan singular.

En resumen, vale la pena interesarse por los cuentos y leyendas de las culturas humanas de antaño, y a toda la mitología en general, de hecho. Es una estupenda manera de conocer los pilares sobre los que se ha sustentado gran parte de la historia de la Humanidad desde sus orígenes, y de pasada, nos aporta una serie de interpretaciones fantásticas y atractivas de los fenómenos celestes y del interés que han despertado en el ser humano desde que fue consciente de su existencia.

(*) Fuente: Cuentos de los indios iroqueses, Miraguano Ediciones, Madrid, 1988.

- Bibliografía:

- **Cuentos de los indios iroqueses**, Tehanetorens, Libros de los Malos Tiempos, Miraguano Ediciones, Madrid, 1988.
- **Diccionario Enciclopédico Salvat**, Salvat, Barcelona, 2003.
- www.temakel.com/sietedanzarinesiroqueses.htm
- http://www.fut.es/~vne/cal_01.htm
- http://www.astrored.org/astrofotos/apod/index.php/ap040225.html
- www.windows.ucar.es

Dentro de la elipse, la zona donde habitaban el grupo de tribus denominadas genéricamente "Iroqueses". (http://mapahumano.fiestras.com/servlet/)